

Juan Antonio Viedma y la rima XVI de Bécquer

* * *

Por Alfonso SANCHO SAEZ

Quien, alertado por elogio que Cossío hace de Juan Antonio Viedma –Sabiote, 1830, La Habana, 1869– intente conocer su poesía, ha de saber que le espera una difícil búsqueda. Porque su único libro editado, *Cuentos de la Villa* (Madrid, 1868), constituye hoy una auténtica rareza bibliográfica y el resto de su poesía anda desperdigada por revistas y diarios madrileños de mediados del siglo XIX.

Una biografía fiable y un repertorio lo más completo posible de su obra poética se hacen necesarios para rescatar la figura de Viedma y devolverle el puesto que debe ocupar dentro del «grupo prebecqueriano».

Para Cossío, la importancia de Viedma se debe a ser el creador de «la verdadera *balada española*, que en él tuvo su principio, culminación y acabamiento». Nada que objetar, por mi parte, a tan contundente afirmación del crítico santanderino. Sin embargo, justificar, ampliar y matizar este juicio no es cosa de poco momento ni ésta la ocasión. Por ahora, como anticipo de un extenso trabajo en que estoy ocupado, sólo pretendo llamar la atención acerca de un aspecto que tampoco pasó inadvertido a la perspicacia de Cossío, pero que no hizo más que apuntar.

Señala el crítico el «clima becqueriano» de los siguientes versos del poeta de Sabiote, tomados del poema «Dos flores» publicado en *Cuentos de la Villa*:

Si cuando amores sueñas
las invisibles auras
de tu balcón cerrado
a los cristales llaman,
si escuchas y no entiendes,
aunque a la reja salgas,
lo que en su idioma vago

murmuradoras hablan,
 espera que la aurora
 te muestre en tu ventana
 la flor que dando esencias
 expira por el aura...

El simple cotejo de estos versos con la rima XVI («Si al mecer las azules campanillas...»), publicada en 1866 en *El Museo Universal* explica que Cossío despache este hallazgo en dos líneas e incluya a Viedma en el «clima becqueriano» que estaba renovando la poesía española durante la década 1860-70. Sin embargo, Cossío, tan penetrante siempre, muestra no conocer el poema de Viedma «Misterios» que se publicó en el n.º 359 de *El Correo de la Moda* del día 24 de junio de 1860. Este poema es idéntico al transcrito con la excepción –importante excepción– de los cuatro últimos versos que en «Misterios» dicen así:

Sábete que es un nombre
 que roban a mi arpa
 cuando al mezclarse rozan
 las cuerdas con sus alas.

El «clima becqueriano» se densa cuando desde estos versos nos asaltan «arpa», «cuerdas» y «alas» (pájaro) (rima VII: «Del salón en el ángulo oscuro...») que complementan el becquerianismo de «llamar», «cristales» y «balcón» de los versos 3.º y 4.º (rima LIII: «Volverán las oscuras golondrinas...») en la que seguramente pensaba Cossío y no conocida hasta el manuscrito de Bécquer de 1868. Subrayemos, por el momento, ese imperativo *sábete* de los versos de «Misterios» sobre el que luego he de volver.

Es la rima XVI una de las de más compleja y entrecruzada genealogía y que ha sido establecida con detalle por Graham Orton y José Pedro Díaz. En atención a la precisa brevedad, sólo voy a recordar los precedentes señalados como más próximos a Bécquer: «Cuando en tu almohada posas...», de G. Motta, y «No tengas miedo...» y «Si al despertar de tu tranquilo sueño...», ambos del poeta, chileno como Motta, Blest Gana. La última poesía de Blest Gana fue publicada en *La América* en 1861. Recordemos que «Misterios» de Viedma apareció un año antes.

Piensa José Pedro Díaz que estos poemas «parecen derivar» del de Goethe «Cerca del Amado», traducido por Eulogio Florentino Sanz y publicado en el *Seminario Pintoresco Español* (1856), por Arnao (1857) y por Ferrán (1861). Por su parte, G. Orton cree que Goethe pudo tomar la idea central de un poema popular alemán de los siglos XVII o XVIII titulado «Mañana debo partir». Y añade Orton: «...el canto popular alemán contiene en germen los poemas de Goethe y Bécquer [...]; ¿conoció Bécquer el cuento popular? Posiblemente. Su «sabe que suspiro yo» con su revelador imperativo está vinculado al alemán «Denke, dass es Seufzer sein». Ni Blest, ni E. F. Sanz tienen ese imperativo». Pero sí Viedma, debemos añadir a la observación de Orton. Recordemos ese *sábete* –tan poco eufónico, por otra parte– subrayado antes en el poema «Misterios».

Entonces, la pregunta que habría que hacerse —y que no se hizo Orton, seguramente porque no conocía «Misterios»— es: ¿conoció Bécquer «Misterios» de Viedma? A esta última pregunta habría que contestar, tras lo que sigue, que, con toda probabilidad, sí la conoció.

Espero que nadie piense que estoy proponiendo la poesía de Viedma como el inmediato precedente de la rima XVI. Solamente pretendo añadir uno más a los muchísimos «contactos literarios» que la crítica ha señalado para la citada rima. Y lo curioso es que, entre tanto «contacto literario» —uso la expresión acuñada por J. P. Díaz, ajenos y lejanos en su mayor parte, el de Viedma era uno de los más esperables. Porque va resultando ya irritante el olvido o menosprecio en que se tiene por la crítica al interesante poeta de Sabiote que mantuvo una estrecha relación con Bécquer desde la llegada a Madrid del poeta sevillano.

En contra de lo afirmado por Cossío, que piensa que Viedma llega a Madrid en 1854, es decir, cuando Bécquer, desde 1847 tengo documentada la presencia de Viedma en la Corte como estudiante de primer curso de Jurisprudencia. Por lo tanto, a la llegada de Bécquer a Madrid —sigo a Nombela, como todos los biógrafos de Bécquer— ya Viedma estaba introducido en los cenáculos literarios y tenía fácil acceso a la prensa más influyente: de 1852 data la publicación en *El Correo de la Moda* de sus poesías «Himnos y alegrías» y «La fuente»; en 1854 forma parte de la tertulia de la Unión Liberal que se reunía en el café de la Esmeralda y que estaba integrada, entre otros, por Cánovas del Castillo —íntimo de Viedma y compañero de estudios—, Barrantes, Trueba, Eguilaz y Eduardo Gasset. Desde comienzos de 1855, escribe la sección fija «Variedades» en *El Correo de la Moda* con el seudónimo «Gazel», estrena su pieza dramática «Si buena ínsula me dan...» y empiezan a aparecer poesías suyas en *Semanario Pintoresco Español*. Luego colaborará asiduamente en *La América*, *El Contemporáneo*, *El Porvenir*, *El Museo Universal*, *Las Novedades* y, en general, en los periódicos en los que se irían dando a conocer los poetas que iban a constituir el círculo becqueriano-germánico: J. Marco, Rodríguez Correa, Larrea, Dacarrete, Eulogio Florentino Sanz, Ferrán, Trueba, Selgas, Arnao, Bécquer... y Viedma.

Por tanto, cuando Viedma conoce a Bécquer, a finales de 1854, a través de Nombela y García Luna, estaba en situación de abrir a los bisoños y recién llegados poetas las puertas de redacciones y tertulias. Las fracasadas y pintorescas aventuras periodísticas de los cuatro amigos en *El Mundo*, *La España Musical y Literaria* y *El Porvenir* han sido relatadas con gracejo por Nombela y a él me remito.

Pero sí quiero hacer hincapié en un aspecto de interés que ha pasado inadvertido a críticos y biógrafos de Bécquer. Me refiero a la *Corona poética dedicada al Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana con motivo de su coronación por los redactores de La España Musical y Literaria*. Es sabido que tal coronación se celebró el 25 de marzo de 1855 y, entre los redactores de *La España Musical y Literaria*, José Pedro Díaz —que cita apresurada y erróneamente a Frutos Gómez de las Cortinas— señala a Rodríguez Zapata, Narciso Campillo, López de Ayala, Dacarrete, Luis García Luna, Aristides

Pongilioni y Bécquer. Esta relación no se corresponde —con la excepción de Bécquer— con la reseña publicada en la sección «Variedades» de *El Correo de la Moda* n.º 111 del 24 de marzo de 1855; es decir, fresca la tinta de la *Corona* y un día antes de la ceremonia oficial. En dicha reseña figuran, además de una larga lista de poetisas a las que el cronista dedica galantes elogios, los nombres de Tapia, Hartzenbusch, Serra, Arnao, Dot, Simonet, Larea, Hernández, Bécquer y Viedma.

Pero lo interesante —y es el aspecto que quiero resaltar— es que en esta nota aparece el, probablemente, primer elogio público de Bécquer que dice así:

«Haremos, no obstante, mención de la brillante fantasía del joven poeta Don Gustavo Adolfo Bécquer, que es acaso una de las mejores composiciones de la *Corona* y que demuestra el gran provenir literario que a su autor espera».

Gran olfato literario debía de tener el autor de la reseña porque, según Frutos Gómez de las Cortinas, «Este poema becqueriano, leído hoy no engrandece su prestigio literario pero, en cambio, es un valioso documento probatorio de su filiación literaria». Se refiere Frutos a la influencia de la escuela literaria sevillana en el primitivo Bécquer. Gran olfato literario o una benévola amistad. Tal es el caso a mi juicio porque, en este empecinado olvido en que se tiene a Viedma, todos los críticos hablan del «anónimo autor de la reseña» pero ninguno repara en que, desde 1855 hasta 1860, la sección «Variedades» aparece invariablemente firmada por «Gazel», es decir, Viedma. Invariablemente, con la excepción de esta crónica en que se elogia una publicación en la que había colaborado Viedma y en la que aparece su nombre. Se trata, sin duda, de un mínimo pudor literario de «Gazel».

Las estrechas relaciones entre Bécquer y Viedma están abundantemente documentadas hasta, por lo menos, 1860. Quédese para otro momento y lugar el hablar de ellas. Como han de quedarse las abundantes huellas becquerianas que se pueden rastrear en la obra de Viedma y que invitan a una apasionante investigación. Por el momento, sólo he querido llamar la atención sobre las afinidades entre «Misterios» y «Si al mecer las azules campanillas...».